

cion al llamado Champmathieu; y Champmathieu, puesto en libertad inmediatamente se marchaba estupefacto, creyendo á todos los hombres locos y sin comprender nada en aquella vision.

---

**LIBRO OCTAVO**

---

**REPERCUSION**

---

EN QUÉ ESPEJO SE MIRA EL PELO EL SEÑOR MAGDALENA

Comenzaba á amanecer. Fantina habia tenido una noche de fiebre y de insomnio, si bien poblada de imágenes dichas; á la hora del alba se durmió. Sor Simplicia, que la habia velado, se aprovechó de este sueño para ir á prepararla una nueva pocion de quina. Pocos instantes hacia que la digna hermana se hallaba en el laboratorio de la enfermería, inclinada sobre sus drogas y sobre sus redomas, y mirando muy de cerca, á causa de esa bruma que esparce el crepúsculo sobre los objetos; cuando de repente volvió la

cabeza y dió un grito ligero. El señor Magdalena se hallaba en su presencia. Acababa de entrar silenciosamente.

— ¡Es usted, señor alcalde! exclamó la religiosa.

Él repuso, en voz baja :

— ¿Cómo va esa pobre mujer?

— No del todo mal en este momento. ¡Pero hemos estado muy inquietos, vea usted!

Entonces le explicó ella lo que había pasado; que Fantina había estado muy mala la víspera, pero que ahora ya iba mejor, porque creía que el señor alcalde había ido en busca de su niña á Montfermeil. La hermana no se atrevió á preguntar al señor alcalde, pero notó muy bien que no era de allí de dónde venía.

— Todo eso está bien, dijo él, y usted ha hecho perfectamente en no desengañarla.

— Sí, replicó la hermana, ¿pero ahora, señor alcalde, que va á verle á usted y que no verá á su niña, qué le diremos?

Él permaneció algunos instantes caviloso, y después dijo:

— Dios nos inspirará.

— Sin embargo, no se la podrá mentir, murmuró la hermana á media voz.

Ya era de día claro en la habitacion, y alumbraba de frente el rostro del señor Magdalena. La casualidad hizo que la religiosa levantara los ojos.

— ¡Jesus! ¡señor! exclamó, ¿pues qué le ha sucedido á usted? ¡sus cabellos están enteramente blancos!

— ¡Blancos! dijo él.

Sor Simplicia no tenía espejo; buscó en un estuche y sacó de él un espejito del cual se servía el médico de la enfermería para verificar que un enfermo estaba muerto y no respiraba ya. El señor Magdalena tomó el espejo, miró en él su pelo y dijo: ¡Vaya!

Pronunció esta palabra con indiferencia, y como si pensara en otra cosa.

La hermana se sintió helada por un no sé qué de desconocido que ella entreveía en todo esto.

Él preguntó :

— ¿Puedo verla?

— ¿Es que el señor alcalde no hará que la traigan su niña? dijo la hermana, atreviéndose apenas á aventurar una pregunta.

— Sin duda, pero se necesitan á lo menos dos ó tres días

— Si ella no viese al señor alcalde de aquí á allá, no sabría que está ya de vuelta, sería fácil hacer que tenga paciencia, y cuando llegase la niña, pensaría naturalmente que el señor alcalde ha llegado con ella. Así no habría que echar ninguna mentira.

El señor Magdalena pareció reflexionar algunos instantes, y en seguida dijo con su gravedad tranquila :

— No, hermana, es preciso que yo la vea. Tal vez estoy muy de prisa.

La religiosa no pareció notar esta palabra: « tal vez, » que daba un sentido oscuro y singular á las que acababa de pronunciar el señor alcalde; y le respondió bajando los ojos y la voz respetuosamente :

— En ese caso, ella está reposando, pero el señor alcalde puede entrar.

Hizo él algunas observaciones acerca de una puerta que cerraba mal, y cuyo ruido podía despertar á la enferma, y en seguida entró en el cuarto de Fantina, se acercó á la cama y entreabrió las cortinas. Estaba durmiendo. La respiracion salía de su pecho con ese ruido trágico que es peculiar á tales enfermedades, y que tanto allige á las pobres madres cuando velan por la noche junto á un hijo moribundo y adormecido. Pero esta respiracion penosa apenas turbaba una especie de serenidad inefable esparcida en su semblante, y que la transfiguraba en el sueño. Su palidez habíase convertido en blancura; sus mejillas

estaban rosadas. Sus largas pestañas rubias, la única belleza que la quedaba de su virginidad y de su juventud, palpitaban sin dejar de permanecer cerradas y bajas. Toda la persona temblaba con no sé qué especie de estremecimiento que se sentía sin verle, como de unas alas que van desplegándose y entreabriéndose para arrebatarla. Al verla de esta suerte, jamás habría podido creerse que aquella era una enferma casi desesperada. Parecía más bien un sér que va á volar que un sér que va á morir.

Cuando la mano se acerca á la rama del rosal para coger una flor, la rama tiembla, y parece huir y ofrecerse á la vez. El cuerpo humano tiene algo de ese estremecimiento, cuando llega el instante en que los dedos misteriosos de la muerte van á coger el alma.

El señor Magdalena permaneció algún tiempo inmóvil junto á la cama, mirando alternativamente á la enferma y al crucifijo, como hacía dos meses ántes, el día en que vino por primera vez á verla en aquel asilo. Otra vez se hallaban los dos allí en la misma actitud; ella durmiendo, él orando; sólo que ahora, despues de transcurrir estos dos meses, ella tenía el pelo gris y él le tenía blanco.

La hermana no había entrado con él. Él estaba de pie, junto á la cama, con el dedo en la boca, como si hubiese en el cuarto á quien imponer silencio.

Ella abrió los ojos, le vió, y con una sonrisa aocible le dijo:

— ¿Y Coseta?

## FANTINA DICHOSA

No tuvo un movimiento de sorpresa, ni un movimiento de alegría; era ella la alegría misma. Esta sencilla pregunta: — ¿Y Coseta? la hizo con una fe tan profunda, con tanta certidumbre, con una ausencia tan completa de inquietud y de duda, que él no encontró siquiera una palabra que responder. Y ella continuó:

— Yo sabía que usted había ido allá; estaba durmiendo, pero le veía á usted. Hace mucho tiempo que le veo, le he seguido á usted con los ojos toda la noche. Estaba usted en una gloria y tenía al rededor suyo toda especie de figuras celestiales.

Él dirigió su mirada hácia el crucifijo.

— Pero, repuso ella, dígame usted, ¿dónde está Coseta? ¿Por qué no me la han puesto aquí, en mi cama, para el momento en que yo despertara?

Él respondió maquinalmente una cosa que jamas pudo recordar despues.

Afortunadamente el médico, prevenido, habia llegado en este momento, y vino á sacar del mal paso al señor Magdalena.

— Hija mia, la dijo el doctor, cálmese usted. La niña está ahí.

Los ojos de Fantina se iluminaron y cubrieron de claridad todo su semblante. Juntó las manos con una expresion que encerraba á la vez todo lo más violento y lo más suave que puede haber en la oracion :

— ¡ Oh ! exclamó, ¡ traédmela !

¡ Tierna ilusion de madre ! Coseta era siempre para ella la niña que se lleva en brazos.

— Todavía no, replicó el médico, en este momento no conviene. Tiene usted aún un resto de calentura. La presencia de la niña la agitaria á usted y la haria mucho daño. Primero es necesario que usted se cure.

Ella le interrumpió entónces impetuosamente :

— ¡ Pero si estoy curada ! ¡ le digo á usted que ya estoy buena ! ¡ Qué asno es este médico ! ¡ Ah ! ¡ pero yo quiero ver á mi niña !...

— ¿ Lo ve usted, dijo el médico, cómo usted se arrebatá ? Mientras que esté así, me opondré yo siempre á que la traigan su niña. No basta verla, es preciso vivir para ella. Cuando usted sea juiciosa, yo mismo se la traere.

La pobre madre inclinó la cabeza.

— Señor médico, perdóneme usted, yo le pido á usted mil veces perdon, muy de véras. En otro tiempo, no habria yo hablado como acabo de hacerlo ; pero me han sucedido tantas desgracias, que á veces ya no sé lo que me digo. Comprendo, usted teme la emocion ; pues bien, esperaré todo el tiempo que usted quiera, pero le juro á usted que el ver á mi hija no me habria hecho daño. La estoy viendo, no

aparto de ella los ojos desde anoche. ¿ Sabe usted ? si me la traieran ahora, me pondria á hablarla quedito. Y nada más. ¿ Pues no es cosa muy natural que tenga yo ganas de ver á mi niña, que han ido á buscármela expresamente á Montfermeil ? Yo no estoy irritada. ¡ Bien sé que voy á ser dichosa ! Toda la noche he estado viendo cosas blancas y personas que me sonreian. Cuando guste el señor médico, me traerá mi Coseta. Ya no tengo calentura, porque estoy curada ; conozco yo bien que no tengo ya nada ; pero voy á hacer como si estuviese enferma, y á no moverme, para dar gusto á las señoras de aquí. Cuando vean que me estoy bien sosegada, dirán : Ahora ya es menester traerle su niña.

Entre tanto el señor Magdalena se habia sentado en una silla que estaba al lado de la cama. Ella se volvió hacia él, y se notaba que hacia visibles esfuerzos para aparecer tranquila y « muy juiciosa, » como ella decia en aquel desfallecimiento de la enfermedad que se asemeja á la infancia, á fin de que, al verla tan apacible, no pusieran dificultad en traerla su Coseta. Sin embargo, mientras que así se contenia ella, no podia ménos de dirigir al señor Magdalena mil preguntas.

— ¿ Ha hecho usted un buen viaje, señor alcalde ? Oh ! ¡ qué bueno es usted en haber ido á buscármela ! Dígame usted siquiera cómo se halla la niña. ¿ No ha sufrido nada en el camino ? Ah ! ya no me reconocerá ! Pobre nena ! en tanto tiempo, me habrá olvidado. Los niños no tienen memoria. Son como los pájaros. Hoy ven una cosa, mañana otra, y no piensan nunca en nada. Tenia siquiera su ropita blanca ? La tenian los Thénardier aseadita ? Cómo la alimentaban ? Oh ! cuánto he sufrido, si usted supiera ! haciéndome todas estas preguntas en la época de mi miseria ! Ahora, ya aquello pasó ! Estoy contenta ! Oh ! cuántos deseos tengo de verla ! Señor alcalde, la ha encontrado usted bonita ? Es verdad que tengo una hija muy linda ? Habrá usted tenido mucho

frio en la diligencia? Es que no podrian traérmela nada más que un instante? En seguida se la llevarian corriendo! Diga usted! usted que es aquí el amo, si quisiera!...

Él la tomó la mano: — Coseta es muy hermosa, la dijo, está buena, y la verá usted pronto, pero cálmese usted. Habla con demasiada vivacidad, y además, se descubre los brazos, y eso la hace toser.

Con efecto, fuertes accesos de tos interrumpian á Fantina casi á cada pa'abra.

La enferma no volvió ya á quejarse, temiendo haber comprometido con algunas reclamaciones demasiado apasionadas la confianza que ella queria inspirar; y se puso á decir algunas palabras indiferentes.

— Es bastante bonito, Montfermeil, es verdad? En verano, van allí de gira las gentes, á sus partidas de recreo. Y los Thénardier, hacen buenos negocios? No pasa mucha gente por aquel pueblo. Aquella posada es una especie de bodegon.

El señor Magdalena la tenia siempre cogida la mano, y la consideraba con la mayor ansiedad; era evidente que habia él venido para decirle ciertas cosas ante las cuales ahora vacilaba su pensamiento. Una vez hecha su visita, el médico se habia retirado. Sor Simplicia era la única persona que habia quedado allí cerca de ellos.

Entre tanto, en medio de aquel silencio, Fantina gritó: — La estoy oyendo! Dios mio! la estoy oyendo!

Sacó el brazo, para hacer señas á fin de que todo el mundo callara en derredor de ella, contuvo su aliento, y se puso á escuchar con el mayor gozo.

Habia un niño jugando en el patio; el hijo de la portera ó de cualquiera trabajadora de la fábrica. Casualidad que suele ocurrir siempre en estos casos, y como que parece formar parte del misterioso juego escénico de los acontecimientos lúgubres. Aquella criatura era precisamente una

niña, que iba y venia y corria sin cesar, par calentarse, y reia y cantaba en alta voz. Ah! ¡ en qué no se mezclan los juegos de los niños! Esta era la niña á quien Fantina oia cantar en aquel momento.

— ¡ Oh! exclamó la enferma, es mi Coseta! reconozco su voz!

La niña se fué, como habia venido, la voz se extinguió. Fantina continuó escuchando aún durante algunos minutos, y despues su semblante apareció sombrío. El señor Magdalena la oyó que decia en voz baja: — Qué bribon de médico, no dejarme ver á mi hija! ¡ Tiene mala cara ese hombre!...

Sin embargo, volvió el fondo alegre de sus ideas, y continuó hablando consigo misma, teniendo apoyada la cabeza sobre la almohada: — Qué dichosas vamos á ser! Primeramente, tendremos un jardinito! el señor Magdalena me lo ha prometido. Mi hija jugará en el jardín. Ya conocerá las letras; y yo la haré deletrear. Correrá por la yerba detras de las mariposas; y yo estaré mirándola. Despues, hará su primera comunión. Ah! ¿ sí, cuando hará su primera comunión?

Y se puso á contar con los dedos.

— ... Uno, dos, tres, cuatro, ... tiene siete años. Dentro de cinco la hará. Llevará un velo blanco, medias caladas, parecerá una mujercita. Oh! hermana, mi buena hermana, usted no sabe qué tonta soy; pues no estoy pensando ahora en la primera comunión de mi hija!

Y se echó á reir.

Él habia soltado la mano de Fantina: y escuchaba sus palabras como se escucha un viento que brama, con los ojos en el suelo, y el espíritu sumergido en hondas reflexiones. De repente dejó de hablar, lo cual hizo que él levantara maquinalmente la cabeza. Fantina apareció espantosas. Ya no hablaba, ni respiraba; habiase medio sentado, en

la cama; sus hombros huesosos salían de la camisa; su rostro, que radiaba momentos ántes. estaba ahora pálido en extremo, y parecía fijar sus grandes ojos, ensanchados aún por el terror, en algún objeto pavoroso que veía frente á sí en el otro extremo de la habitación.

— Dios mío! exclamó él. ¿Qué es lo que usted tiene, Fantina?

No respondió, no separó un instante sus ojos del objeto que parecía estar viendo: con una mano tocó ella el brazo al señor Magdalena y con la otra le hizo una seña para que mirase detras.

Volvióse en efecto, y vió á Javert.

#### JAVERT CONTENTO

Hé aquí lo que había pasado:

Las doce y méda de la noche acababan de dar, cuando el señor Magdalena salió de la sala de audiencia de Arras; entrando en su hôtel al tiempo justo de poder marchar en la silla de postas, donde sabemos que había retenido su asiento. Un poco ántes de las seis de la mañana llegó á M., y su primera diligencia fué la de echar al correo su carta á M. Laffite, entrando despues en la enfermería, para ver á Fantina.

Sin embargo, apénas había abandonado élla sala del tribunal, cuando el abogado general, vuelto de su primera sorpresa, había tomado la palabra deplorar el acto de locura del honorable alcalde de M., declarar que sus conveciones no se habían modificado en lo más mínimo por aquel sinŕular y extraordinario incidente que se esclarece-

ría más adelante, y requerir, entre tanto, la condena de aquel Champmathieu, que evidentemente era el verdadero Juan Valjean. La persistencia del abogado general estaba visiblemente en contradicción con el sentimiento de todos, del público, del jurado y de los magistrados. Fácil le fué por consiguiente al defensor refutar esta arenga, y establecer que, en virtud de las revelaciones del señor Magdalena, es decir, del verdadero Juan Valjean, el negocio había cambiado enteramente de aspecto, y que el jurado tenía allí en su presencia á un inocente. El abogado procuró sacar partido de aquel notable incidente para lanzar algunas epifonemas, desgraciadamente poco nuevas, sobre los errores judiciales, etc., etc.; el presidente, al hacer su resumen, se había adherido á la opinión del defensor, y en pocos minutos dejó el jurado en libertad á Champmathieu.

Sin embargo, el abogado general necesitaba un Juan Valjean, y no teniendo ya á Champmathieu, tomó á Magdalena.

Inmediatamente después de poner en libertad á Champmathieu, el abogado general se encerró con el presidente. Conferenciaron acerca « de la necesidad de apoderarse de » la persona del señor alcalde de M. » Esta frase donde hay muchos *de* es del señor abogado general, enteramente escrita de su puño en la minuta del informe que pasó al procurador general. Una vez desvanecida la primera emoción, el presidente hizo pocas objeciones. Era menester absolutamente que la justicia siguiera su curso. Y después, para irlo todo, aunque el presidente era un hombre de bien, carecía de inteligencia, era al mismo tiempo muerta, casi ardiente, y le había chocado mucho que el alcalde de M., al hablar del desembarque de Cannes, dijese *el emperador y no Buonaparte*,

Expidieron pues el auto de prisión. El abogado general le envió á M. por un expreso ganando horas, y confió su ejecución al inspector de policía Javert.

Sabido es que Javert se había vuelto á M. inmediatamente después de haber hecho su declaración.

Javert se levantaba en el momento en que el expreso le entregó la orden ejecutoria del auto de prisión.

El mismo expreso era un empleado de policía muy entendido, quien, en dos palabras, puso á Javert al corriente de lo que había sucedido en Arras. El auto de prisión, firmado por el abogado general, se hallaba concebido en estos términos: — El inspector Javert se apoderará de la persona del llamado Magdalena, alcalde de M., quien, en la audiencia de este día, ha sido reconocido por ser el ex presidiario Juan Valjean.

Cualquiera que no hubiese conocido á Javert y que lo hubiera visto en el momento en que penetró en la ante sala de la enfermería, no habría podido adivinar nada de lo que pasaba, y le habría hallado el aspecto más ordinario del mundo. Mostrábase frío, sereno, grave; tenía su pelo gris perfectamente atusado sobre las sienes, y acababa de subir la escalera con su calma habitual. Quien le hubiese conocido á fondo y le hubiera examinado atentamente, habría temblado. La hebilla de su corbatín de cuero, en vez de llevarla sobre la nuca, se hallaba bajo su oreja izquierda. Esto revelaba una agitación inaudita.

Javert era un carácter completo, sin que hiciera pliegue alguno ni en su deber ni en su uniforme; metódico con los malvados; rígido con los botones de su casaca.

Para que él hubiese colocado mal la hebilla de su corbatín, era menester que hubiera en él una de esas emociones que pudiéramos llamar terremotos interiores.

Salió sencillamente, tomó cuatro soldados y un cabo del puesto inmediato, dejó los soldados en el patio y el se hizo indicar el cuarto de Fantina por la portera, sin desconfianza, por parte de esta, acostumbrada como ella estaba á ver gentes con armas preguntar por el señor alcalde.